

El tema de la paz no se puede discutir en forma adecuada simplemente desde un punto de vista negativo, como por lo general lo consideran los políticos, en el sentido limitado de evitar la guerra y resolver los conflictos entre las naciones sin recurrir a la violencia.

En el significado mismo de la palabra «paz» está presente la noción positiva de una reforma social constructiva. La trillada frase de que debemos crear un hombre diferente para tener una sociedad diferente no es más que una abstracción. Si bien es cierto que el hombre como individuo puede mejorar y que la sociedad se puede basar en principios de justicia y amor, todos sabemos que esas metas no constituyen una realidad que esté a nuestro alcance, sino más bien una aspiración para un futuro muy lejano.

Sin embargo, hay un hecho concreto e inmediato que se debería considerar desde el punto de vista de la paz: el hecho de que la sociedad humana aún no ha logrado la forma de organización necesaria para afrontar sus necesidades actuales. Por lo tanto, hay una razón de peso para que centremos nuestra atención en las necesidades del presente antes que en la organización de un futuro mejor.

Hoy la sociedad no prepara al hombre en forma adecuada para la vida cívica; no existe una «organización moral» de las masas. A los seres humanos se les educa inculcándoles que son individuos aislados y que deben satisfacer sus necesidades inmediatas compitiendo con otros individuos. Se requeriría una poderosa campaña de organización para hacer que el hombre entienda y estructure los fenómenos sociales, para que proponga y persiga fines colectivos, y así generar un progreso social ordenado.

En la actualidad, lo único que tenemos es una organización de las «cosas», y no de la humanidad. Solo el «entorno» está organizado. El progreso técnico ha puesto en marcha una especie de «mecanismo» aterrador que atrapa en sus redes a los individuos y los atrae del mismo modo que un imán atrae las limaduras de hierro. Esto se aplica tanto a los trabajadores manuales como a los intelectuales. Cada persona se aparta de los demás por sus intereses particulares; cada uno busca solamente algún tipo de trabajo que satisfaga sus necesidades materiales, y es atrapado por los engranajes interactuantes de un mundo mecanizado y burocrático. Es obvio que los mecanismos solos no bastan para hacer que el hombre progrese, porque el progreso depende del hombre y, eventualmente, deberá llegar el momento en el cual la humanidad asuma el control del progreso y lo oriente en una dirección determinada.

Ese momento ha llegado ya. O la humanidad entera organiza y domina el mundo mecánico, o el mundo mecánico destruirá a la humanidad.

Para alcanzar ese objetivo tremendamente difícil —la cooperación universal del género humano a fin de lograr un progreso constante— la humanidad se debe organizar. Es necesario que, con urgencia, todos los hombres participen en

la reparación de un defecto que pone en peligro la existencia misma de la civilización. La humanidad se debe organizar porque la frontera más débil, la que cederá en primer lugar y dejará entrar al enemigo —es decir la guerra—, no es un límite físico entre una nación y otra, sino la falta de preparación del hombre y el aislamiento del individuo. Debemos desarrollar la vida espiritual del hombre y luego organizar a la humanidad para la paz. El aspecto positivo de la paz yace en la reestructuración de la sociedad humana sobre una base científica. La paz social y la armonía solo pueden tener un cimiento: el hombre mismo.

La reconstrucción —es decir, la creación de un orden social estable y bien estructurado— ni siquiera se tiene en cuenta cuando se considera a la sociedad desde el punto de vista práctico, porque esa visión es intrínsecamente conservadora. Sin embargo, es evidente que los cambios repentinos y asombrosos que, a raíz de los descubrimientos científicos, han tenido lugar en la organización del entorno material del hombre en los últimos cincuenta años, generaron modificaciones tan sustanciales en las condiciones de vida que ahora resulta absolutamente imperioso analizar con seriedad el lado humano de las cosas con la finalidad de ayudar a los hombres a cambiar para bien.

Esta es la tarea de la educación.

La educación de hoy todavía se encuentra restringida por los límites de un orden social que pertenece al pasado. La educación de hoy no solo se opone a los dictados de la ciencia, sino que también contradice las necesidades sociales de nuestro tiempo. La educación no se puede desestimar como si fuera un factor insignificante en la vida de las personas, un medio para proporcionar a los jóvenes unas pocas nociones elementales de cultura. Se la debe concebir, en primer lugar,

desde la perspectiva del desarrollo de los valores humanos en el individuo, en particular de los valores morales, y, en segundo lugar, desde el punto de vista de la organización de los individuos dotados de esos altos valores para que formen una sociedad con plena conciencia de su destino. Esta nueva civilización debe estar acompañada por una nueva moralidad. El propósito del orden y la disciplina debe ser lograr la armonía humana, y todo acto que obstruya el establecimiento de una auténtica comunidad de todos los hombres se debe considerar inmoral y una amenaza a la vida social.

Este objetivo no se puede alcanzar sin realizar esfuerzos prácticos y concretos. No es suficiente predicar un principio abstracto o intentar persuadir a otros. Se debe emprender un «gran trabajo». Una actividad social de suma importancia se extiende ante nosotros: dar impulso a los valores del hombre, permitirle que alcance el desarrollo máximo de sus energías, prepararlo de verdad para generar un tipo de sociedad humana diferente, en un plano más elevado. No se puede crear al hombre social de la nada y de la noche a la mañana. El individuo llega a la adultez luego de haber pasado toda su infancia y adolescencia reprimido, aislado y aleccionado para que se preocupe solo de sus intereses personales, bajo la dominación absoluta de adultos demasiado propensos a desatender los valores de la vida y que solo le han fijado la meta mezquina y egoísta de que se consiga un buen empleo dentro del orden social. La educación de hoy hace que el individuo se marchite y que sus valores espirituales se esfumen. El hombre se convierte en una cifra, una pieza más en el engranaje ciego que constituye su entorno. Esa preparación para la vida, que ha sido absurda en todas las épocas, hoy es un crimen, un pecado. La educación que reprime y rechaza los dictados del ser moral, que erige obstáculos y barreras en

el camino del desarrollo de la inteligencia, que condena a la ignorancia a vastos sectores de la población, es un crimen. Dado que todas nuestras riquezas provienen del trabajo del hombre, es absurdo que no se vea al hombre mismo como nuestra riqueza fundamental. Debemos hallar, cultivar y resaltar la importancia de las energías del hombre, su inteligencia, su espíritu creador, su capacidad moral, de modo que nada de eso se pierda. En particular, se deben aprovechar las energías morales del hombre, dado que no es solamente un productor: también le corresponde asumir y cumplir una misión en el universo. Lo que el hombre produce debe estar dirigido hacia un fin que podríamos llamar «civilización» o, en otras palabras, ¡la creación de una supranaturaleza como obra de la humanidad! Pero el hombre debe darse cuenta de su propia grandeza; debe convertirse en forma consciente en amo del mundo que lo rodea y de los sucesos humanos.

La relación entre los individuos, que es la base misma de la vida social, es el terreno especial de la moral. La moral debe ser considerada como la ciencia destinada a organizar una sociedad de hombres cuyo valor más elevado es su individualidad y no el rendimiento de sus máquinas. Los hombres deben aprender cómo participar conscientemente en la disciplina social que ordena todas sus funciones dentro de la sociedad y cómo ayudar a mantener esas funciones en equilibrio.

Por consiguiente, la raíz de la cuestión de la guerra y la paz ya no radica en la necesidad de facilitar a los hombres las armas materiales para defender las fronteras geográficas que separan a las naciones, porque la primera línea verdadera de defensa contra la guerra es el hombre mismo, y allí donde el hombre esté socialmente desorganizado y desvalorizado, por esa brecha se introducirá el enemigo universal.